
NOTE

PUBLICADA EN PERÚ LA PRIMERA TRADUCCIÓN DEL *DON BOSCO* DE CHARLES D'ESPINEY

*Jesús Graciliano González**

1. Charles D'Espiney

Muy conocida es, dentro de la amplia producción de vidas de D. Bosco, la debida a la pluma del médico francés Charles D'Espiney, escrita en 1881. Se trata de la primera biografía propiamente dicha del ya famoso educador de Turín. Anteriormente se habían producido algunos intentos de narrar la vida y la obra del fundador del Oratorio, pero se habían quedado en meros opúsculos breves, como el de Carlo Conestabile (1878) o el del abate Louis Mendre (1879)¹.

El autor, Charles D'Espiney, había nacido en Bourg-en-Bresse (Ain) en 1824, había estudiado medicina en Aviñón, Montpellier y Marsella y se había establecido en Niza, donde ejerció durante muchos años su profesión de médico, manteniendo excelentes relaciones profesionales y humanas, era simpático y sabía dialogar, tanto con las clases altas, como con el pueblo llano, que acudía a él y lo llamaba “el buen doctor”. Como escritor fue componiendo a lo largo de su vida una serie de obras sobre cuestiones más o menos relacionadas con su profesión y con sus creencias². Se interesaba de modo especial por

* Salesiano, membro dell'Istituto Storico Salesiano.

¹ Después que vieron la luz las primeras biografías de D. Bosco, dice P. Stella “caddero così in oblio opuscoli come l'anomino elogiativo *Don Bosco. Cenni biografici*, apparso a Torino nel 1871, o quello di Carlos Conestabile, *Opere religiose e sociali in Italia* (Padova 1878), l'altro di Louis Mendre, *Dom Bosco Prêtre, fondateur de la Congrégation des salésiens* (Marseille 1879) e quello dei Luigi Biginelli, *Don Bosco* (Torino 1883)”. Pietro STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*, Vol III. Roma, LAS 1988, p. 20.

² Entre sus publicaciones, además de su *Dom Bosco*, tenemos: *Préservation et guérison du choléra au moyen de l'arsenic homoeopathique*, Niza, 1875; *L'art de vivre*, Niza, 1878; *Les comédies du docteur*, Perrin, 1884; un tratado sobre *Sicología educativa* y otro sobre *Dirección de Conciencia y Psicoterapia*.

temas de psicología, interpretada en clave educativa, y por temas religiosos y sociales, acentuando en ellos los elementos prodigiosos y sobrenaturales y las dimensiones trascendentales de la existencia. Estaba convencido de que los milagros, tanto físicos como morales, se producen continuamente ante nuestros ojos y de que todo tiene su explicación a partir del elemento misterioso que nos envuelve y por los méritos y la asistencia de la Divina Providencia³.

Sus contactos con Don Bosco datan, al menos, desde 1869. En su obra narra el caso de un doctor incrédulo que se presentó a Don Bosco para que lo sanara de la epilepsia que padecía. D'Espiney refiere con detalle la conversación de Don Bosco con el doctor y concluye con estas palabras subrayadas en el texto “*Jamás se le ha repetido el menor síntoma de aquel mal*; y frecuentemente ha venido a dar gracias a María Auxiliadora que le curó del cuerpo y del alma” (p. 101). Las MB repiten el hecho, pero tomándolo de la obra de D'Espiney, único testigo, al parecer, de lo sucedido. Esto ha hecho sospechar a algunos que se tratara el él mismo, aunque las declaraciones de incredulidad del doctor: “yo no creo en Dios, ni en la Virgen, ni en la oración, ni en los milagros”, no se avienen en absoluto a la mentalidad del Doctor D'Espiney, que en aquel momento era ya un hombre maduro de 45 años de edad. De todos modos, si no era él, todo da a entender que estuvo presente en el momento del acontecimiento y que desde entonces su admiración y devoción por Don Bosco fue constante, siendo él quien introdujo a Don Bosco en el círculo de la nobleza de Niza. En 1879 lo acompañó en su visita al Conde Villeneuve, al que curó Don Bosco de una lesión que había recibido en la cabeza al caerse de un caballo. Pocos días después estuvo también presente en la curación “milagrosa” de la condesa Villeneuve y ha dejado un certificado médico atestigüando el hecho. El 16 de marzo de 1881 organizó una reunión de Cooperadores Salesianos y en ella leyó una poesía suya, en la que pedía ayuda económica para sostener las obras salesianas. El 6 de marzo de 1884 auscultó médicamente en Niza a Don Bosco, que se había sentido enfermo, y le diagnosticó una congestión del hígado, por lo que los salesianos llamaron al doctor Combal, profesor de la Universidad de Montpellier, que nos ha dejado un detallado diagnóstico sobre el estado de salud de Don Bosco en aquel mo-

³ En la introducción a la segunda edición de su *Arte de Vivir* el cardenal G. Mermillod escribe de él: “*Vos études sur les souffrances de l'ame et du corps, sur le mariage, la famille et l'éducation, sont bien d'un penseur chrétien qui éclaire des lumières de la révélation les phénomènes muystérieux et douloureux de la vie. Vos ne vous bornez pas à enseigner l'art de vivre à l'individu, mais vous lui montrez parfaitement l'action sociale de l'Eglise en étalant les ruines qu'ont fait ressortir votre pensée et la presente dans tout sa force*” Cf Francis DESRAMAUT, *Don Bosco a Nice*. París, ADE 1980, p. 79.

mento⁴. A propuesta de Don Bosco, el Papa concedió al Dr. D'Espiney la Orden de Caballero de San Gregorio Maño. Murió el 13 de abril de 1891.

2. La obra: *Dom Bosco*

El *Dom Bosco* de D'Espiney es, como hemos dicho, la primera biografía de Don Bosco propiamente tal que se escribió, y fue publicada en Niza en 1881⁵. Antes de publicarla, el autor envió a Turín el manuscrito para que fuera conocido y juzgado por los superiores salesianos y por el mismo D. Bosco. Parece ser que a Don Bosco no le gustaba que ciertos episodios allí narrados fueran publicados y, por ello, los superiores pusieron algunos reparos a la obra⁶. Don Rúa se encargó de responder al autor, afirmando que la biografía estaba bien, pero que convendría hacer algunas modificaciones. Concretamente señalaba dos: primera, había que corregir algunas inexactitudes cronológicas; y segunda, habría que suprimir algunas cosas que, dada la situación de los tiempos que corrían, convendría silenciar. Las inexactitudes eran pequeños detalles de escritura y de fechas y eran fáciles de corregir. En cuanto a lo que había que suprimir o cambiar, la cosa resultaba mucho más complicada, pues no se trataba sólo de eliminar algún episodio, como podía ser el de la resurrección del joven Carlos o alguna de las apariciones del Gris, sino, sobre todo, de cambiar el enfoque general de la obra. D'Espiney, en efecto, hacía mucho hincapié en el aspecto sobrenatural de la vida de Don Bosco y en la naturaleza milagrosa de los hechos que narra, señalando a Don Bosco como un gran taumaturgo y dejando en segundo plano el carácter social de su obra.

La observación de D. Rúa sobre los tiempos que corrían era en aquel momento muy oportuna y tenía su fundamento. En 1881 todavía coleaba el conflicto entre el arzobispo de Turín, Mons. Gastaldi, y Don Bosco. Uno de los puntos que molestaban a Gastaldi era precisamente la publicación de la relación de gracias recibidas de la Virgen, a las cuales iba unido el nombre de D. Bosco. A juicio del arzobispo, Don Bosco divulgaba con poco tacto y con cierta ligereza ciertos hechos, que eran después utilizados por la prensa anticlerical para poner en ridículo la religión y las instituciones católicas. En estas circunstancias, la publicación de un libro que ponía de relieve especialmente el carácter milagrero de la figura de D. Bosco no podía no parecer, al

⁴ Cf Francis DESRAMAUT, *Don Bosco en son temps*. Torino, SEI 1996, pp. 1253-1254.

⁵ Dr. Charles D'ESPINEY, *Dom Bosco*. Nice, Typographie et Lithographie Malvano Mignon 1881, 180 p.

⁶ Ver P. STELLA, *Don Bosco...*, vol. III, p. 258ss.

menos, inoportuno. La biografía, sin embargo, fue publicada y se divulgó con rapidez. Tanto que Don Bosco y sus colaboradores se dieron cuenta de la necesidad de intervenir en el campo de las publicaciones salesianas, sobre todo en las que hacían referencia a la vida de Don Bosco.

Por eso, para equilibrar el efecto producido por la obra de D’Espiney con la presentación incompleta, si no desfigurada, de la persona de Don Bosco, los superiores de Turín entraron en contacto con Albert Du Boÿs, un escritor católico mucho más sensible que D’Espiney a los aspectos sociales y educativos que se producían en el mundo. Du Boÿs publicó en 1884 el volumen *Dom Bosco et la Pieuse Société des salesiens*⁷, dividido en tres partes, presentando clara y distintamente la figura y la obra de Don Bosco en Europa (I parte), en las misiones de América (II parte) y completándolo con una visión sintética de la organización salesiana, el sistema preventivo, el espíritu y las enseñanzas de los salesianos (III parte). Du Boÿs atenuaba los episodios extraordinarios, dejaba de lado los hechos milagrosos y la profecías y subrayaba, en cambio, las injusticias, las dificultades y los atentados por parte de los “revolucionarios” anticlericales de Turín. En lugar de un taumaturgo, esta nueva biografía presentaba a Don Bosco como un hombre genial, sensible a los problemas sociales y extraordinario maestro de la juventud. Esta nueva vida gustó en Valdocco. Se cuenta que Don Bosco llegó a decir que la vida escrita por D’Espiney estaba bien para conseguir dinero, pero que para dar a conocer la obra salesiana tal como es, la de Du Boÿs era mucho mejor⁸.

Sin embargo la obra de D’Espiney, compuesta de pequeños cuadros a base de breves episodios que crean una expectación psicológica en espera de la sorpresiva solución final, tuvo gran éxito entre el pueblo, pues respondía a una visión religiosa bastante difusa en la época (recuérdense las apariciones de Lourdes y la Salette) y sirvió de preparación y de propaganda para los triunfales viajes de Don Bosco a Francia y a España. Grandes masas acudían

⁷ Albert DU BOÏS, *Dom Bosco et la Pieuse Société des salesiens*. Paris, J. Gervais, 1984.

⁸ Narran las Memorias Biográficas que cuando en Madrid quisieron que Don Bosco aceptara el Reformatorio de Santa Rita, planteado según el estilo de las conocidas casas de corrección, el senador Lastres y su secretario se presentaron a hablar con don Juan Branda, que les respondió que esa obra no entraba dentro de la finalidad de los Salesianos y les regaló el libro de D’Espiney, para que se percatasen del sistema de don Bosco. Hubiera preferido darles la obrita de Du Boys, pero no tenía ningún ejemplar. Refiriendo más tarde a don Bosco este último detalle de los libros, díjole el Santo: -En estos casos, es mejor ofrecer el de Du Boys. El del doctor D’Espiney es bueno para las personas piadosas e induce a abrir los bolsillos, en tanto que el otro da a conocer mejor nuestro sistema y ha acertado a interpretar el espíritu de nuestra Sociedad. Al principio, don Bosco sentía aversión a permitir que se publicaran cosas que le afectaban personalmente; pero ahora que la suerte está echada, hay que ir adelante. Hay que difundir el libro de Du Boys cuanto se pueda, venderlo, regalarlo si es necesario, porque nos da a conocer con nuestro auténtico aspecto. MB XVII, p. 596s. En la edición española, p. 512.

para ver en persona al taumaturgo que habían conocido en el libro, esperando ser testigos de alguno de sus milagros. En otras partes del mundo, donde no pudo llegar la persona de Don Bosco, la lectura del libro de D'Espiney suscitó gran simpatía e interés por su figura y por su Obra en favor de los niños pobres y abandonados y dio un decisivo impulso a la Asociación de los Cooperadores Salesianos.

3. El conocimiento de la obra de D'Espiney en España y América

En Francia las ediciones del *Dom Bosco* de D'Espiney antes y después de la muerte de Don Bosco se multiplicaron, ampliándose cada vez más con nuevos e inéditos episodios y milagros. En 1888, año de la muerte de Don Bosco, se publicó la 10ª edición de 507 páginas, frente a las 180 de la primera. En España la vida fue conocida y leída en su original francés y muy pronto, en 1884, el entonces obispo de Milo y auxiliar de Sevilla, Mons. Marcelo Spínola, tomando datos del Boletín Salesiano y de la obra de D'Espiney compuso una nueva biografía en castellano con el título *Don Bosco y su obra*, que circuló por todas partes y dio a conocer la obra de Don Bosco en España. Muerto Don Bosco, el salesiano chileno D. Camilo Ortúzar hizo una traducción en castellano del *Dom Bosco* de D'Espiney, teniendo como base no ya la cuarta, sino la duodécima edición francesa, notablemente corregida y aumentada. La obra fue publicada en 1889 en Turín, donde también vio la luz en 1891 una segunda edición⁹. En 1894 fue publicada la tercera edición de la traducción de Camilo Ortúzar, pero esta vez ya en la Tipografía de Barcelona-Sarriá, donde se publicarían después otras ediciones¹⁰.

4. La primera traducción castellana del *Don Bosco* de D'Espiney

Sin embargo, Ya antes de que lo hiciera Camilo Ortúzar, la obra de D'Espiney había sido traducida en castellano por un misionero franciscano del convento de los Descalzos de Lima, en 1884 y publicada en 1885¹¹.

⁹ *Don Bosco* / por el Doctor / Carlos D'Espiney / Caballero Gran Cruz de la Orden Pontificia / San Gregorio Magno / obra aprobada por la Congregación Salesiana / Segunda edición española traducida de / la duodécima francesa / por el presbítero de la misma Congregación / Camilo Ortúzar / Turín / tipografía y Librería Salesiana / 1891.

¹⁰ Carlos D'ESPINEY, *Don Bosco*. Barcelona, Tipografía y Librería Salesiana 1894.

¹¹ DON BOSCO / Obra escrita en francés / por el / Dr. Carlos D'Espiney / vertida al español de la cuarta edición / por el P.L.T. / Misionero de los Descalzos de Lima / "loada sea Nuestra Señora de los Auxilios" / Con la debita aprobación / Lima / Carlos Prince, Impresor y Librero-Editor / Calle de la Veracruz, 71 / 1885. XII + 160, 15 x 10.

Se trata del Padre Luis Torra, nacido en Manresa (Barcelona) el 20 de noviembre de 1851, muy joven marchó a Perú, tomó el hábito franciscano en Lima el 22 de octubre de 1868 e hizo su profesión religiosa en 1869. Fue ordenado sacerdote en Lima el 13 de febrero de 1876. Ejerció su actividad sacerdotal en la capital y en otros lugares del Perú, predicando misiones populares. Después de unos años transcurridos en España, donde fue superior del Convento de Loreto, cerca de Sevilla, volvió al Perú. Viajó también al Ecuador y trabajó en las misiones que los franciscanos tenían entre los jíbaros de Zamora. Era superior en Guayaquil cuando cayó enfermo y murió santamente el 20 de septiembre de 1900 a los 49 años de edad¹².

No se tienen noticias de cómo llegó a sus manos el ejemplar en lengua original de la vida de Don Bosco. Pero, siendo él catalán y sabiendo el gran éxito que en Cataluña tuvo la obra de D'Espiney, es fácil pensar que fuera allí donde la conoció, bien personalmente durante su estancia en España, bien a través de alguno de sus familiares o hermanos franciscanos, que le dieron noticia de ella y se la enviaron a Perú.

Sí tenemos, en cambio, bastantes noticias sobre el proceso de la traducción y la publicación del libro.

4.1. *Finalidades de la traducción*

Las finalidades del celoso franciscano al emprender su traducción quedan bien patentes en el breve prólogo (7 páginas de tamaño de caja 11 x 7'5), que introduce la obra de D'Espiney. Para mejor comprender el calado doctrinal e intencional de esta sencilla introducción puede ser útil destacar por separado cuatro aspectos o dimensiones que en ella se pueden descubrir:

La primera de ellas se refiere a la dimensión social que debe tener la verdadera caridad cristiana. El padre Torra supo captar muy bien los aspectos sociales y educativos de la obra de Don Bosco y los quiso poner de relieve desde las primeras páginas de su traducción. Como gran misionero, el celoso franciscano estaba muy interesado en la salvación de las almas, pero como sacerdote cercano a la realidad del pueblo sabía muy bien que no hay que descuidar en absoluto los cuerpos.

“La caridad, el amor al prójimo, un entrañable cariño hacia la humanidad en su porción más interesante, el niño; y los estupendos prodigios realizados en su favor, tal es el objeto de la presente obrita” (V).

¹² Estas noticias proporcionadas por el P. Julián Heras OFM del Convento de los Descalzos de Lima. Cf También Fr. Agustín ARCE OFM: Noticias biográficas de algunos misioneros del Perú en “Efemérides”, Año XX, enero-agosto 1964, p. 25-26; y Cirilo CALDERÓN - Eugenio PENNATI, *Presencia Salesiana en el Perú*. Lima, Editorial Salesiana [1994], pp. 22-23.

En su dinámica y comprometida labor pastoral el P. Torra tuvo que enfrentarse continuamente a las sectas y a los gobiernos que practicaban una demagógica filantropía de bajos vuelos, frente a lo que significa y es la auténtica caridad cristiana:

“Mucho se blasona hoy día de amor y fraternidad. Casi innumerables son las sectas o sociedades, así secretas como públicas, que hacen pomposo alarde de estas virtudes, adoptando por lema de sus trabajos la *filantropía*, palabra estéril, sacada del vocabulario de la moderna civilización y que en su genuina acepción no significa otra cosa, sino la caricatura de la verdadera caridad” (p. VI).

Evangélicamente el P. Torra sabe que no se necesitan grandes argumentos para distinguir lo verdadero de lo falso: “por sus frutos los conoceréis”. Basta recurrir a la experiencia. La de los embaucadores filántropos y la del santo Don Bosco. En la experiencia se decantan los frutos. Y los frutos que produce la mal llamada filantropía atea son claros:

“a cambio de unos cortos servicios e insignificantes socorros, que por otra parte sólo sus afiliados disfrutan, son la principal causa nuestros filántropos de esas sediciones populares, tan ordinarias hoy día, de esos trastornos políticos, de esas revoluciones, en fin, que anegan el mundo en ríos de sangre. Sí, ellos son los que apuran todos los esfuerzos de su satánico poder para desquiciar la sociedad induciéndola de mil maneras a sacudir el santo yugo de toda ley, divina y humana, y mucho más aún, se hace en nombre de la filantropía de la fraternidad matizada con ciertos visos de una libertad e igualdad absurdas. ¡Es decir, se quiere dar y se da muerte al hermano por el acendrado amor que se le profesa!. Tales son los frutos que el dañado árbol de la nueva civilización produce, como lo ven y palpan cuantos están libres de pasiones y preocupaciones” (p. VI-VII).

Por el contrario, también la experiencia presenta en Don Bosco un magnífico ejemplo de lo que es la verdadera caridad cristiana. Don Bosco se preocupa sólo de hacer el bien tanto en lo que concierne al bien espiritual como al material de los niños y trata de hacer de ellos buenos cristianos y honrados ciudadanos:

“Abrasado este santo varón (Don Bosco) en las llamas de fraternal amor, llamas que no son sino una irradiaciones de la caridad divina, o una participación del mismo Dios, pues Dios es caridad, se sacrifica sin reserva por el bien de sus hermanos, los hombres”. (VII)

“Recoge un número asombroso de niños abandonados en la orfandad, los sus trae a las seducciones del vicio y del crimen, del cual serían presa a causa de la miseria, y esto prescindiendo aun de sus connaturales instintos hacia el mal, y los educa cristianamente, infundiéndoles hábitos de honradez y rectitud. No es esto todo: los adiestra también en algún oficio o profesión útil, o bien los inicia en alguna carrera literaria o religiosa, según las particulares aptitudes o

inclinaciones de cada uno de ellos, transformando de este modo en hombre provechosos para la sociedad a unas criaturas que, andando el tiempo, hubiesen sido su más funesto contagio, a no haberles deparado la Providencia, una madre tan amorosa, un padre tan solícito como Don Bosco” (VI-VIII).

Un segundo aspecto del prólogo tiene evidente carácter apologético. El traductor aprovecha el caso de Don Bosco taumaturgo para hacer una brillante apología en defensa de los milagros. Los milagros son siempre el sello de aprobación que el cielo pone a favor de una persona o de una obra, en este caso, la obra de este santo y celoso sacerdote Don Bosco.

“Sabido es que los milagros son las pruebas ordinarias que nos certifican de la autenticidad de la misión divina. Pues bien, Don Bosco posee en alto grado en pro de su misión estas pruebas, los milagros” (VIII).

Naturalmente, el experto misionero sabe de sobra que sus adversarios, los ilustrados y adelantados del siglo, se van a escandalizar y van a poner el grito en el cielo cuando oigan hablar de un hombre que en Turín hace milagros. Para ellos existen únicamente las inmutables leyes de la naturaleza y todo lo aquello que no esté en armonía con ellas es pura patraña, inventos para embaucar a los necios. El P. Torra, haciendo gala de los argumentos de una teología bien aprendida, arremete contra quienes con tanta seguridad y aplomo pecan contra el más elemental sentido común:

“Niegan que el sabio Autor de la naturaleza se haya podido reservar el derecho de alterar, o mejor dicho, de suspender en casos dados, las leyes que libre y espontáneamente dictara. ¿Cómo a un maquinista cualquiera, a un relojero, por ejemplo, nadie ha pensado jamás en negarle la facultad de parar o mover, según su gusto, la máquina que ha fabricado, de transformar la combinación de las ruedas o darles otra dimensión de la antes tenían; ¡y no se otorgará al Dios omnipotente lo que al débil mortal se concede!. Y no se me diga que el milagro supone en Dios imprevisión o ignorancia, no: pues desde la eternidad y antes de que formara las leyes que rigen a la materia, ya tenía predeterminadamente en su mente divina esas parciales alteraciones que realiza en el tiempo de vez en cuando. Por manera que el milagro lejos de ser un desorden o trastorno en las leyes, él mismo es una ley que forma parte de su encantador y armonioso conjunto. Existen, pues, los milagros; su posibilidad queda resuelta por la omnipotencia divina; su realidad es un hecho de experiencia” (VIII-IX).

Por tanto, ni la recta razón ni el sentido común permiten se pongan en duda ni la posibilidad, ni la existencia del milagro. Y una prueba de que existen milagros la tenemos en esta vida de Don Bosco.

“Al hablar de milagros no nos referimos solamente a los que tuvieron lugar en siglos remotos, o los que están consignados en la Biblia, sino también a los que en nuestros días se realizan, sobre cuya autenticidad pueden ser fácil-

mente interrogados, por quien guste, no solo infinidad de testigos presenciales de los mismos, sino también muchos agraciados, entre los cuales se cuentan no pocos que adolecían antes de incredulidad. ¡Cuántos curarían de esta misma dolencia con una sola visita a la gruta de Lourdes o al oratorio de Don Bosco en Turín! (XI).

Otra cosa es que algunos no quieran verlos. Pero a esos o les falta el juicio o su incredulidad obedece a otras causas:

“Sabén ellos muy bien que una vez admitidos ... deben por necesidad filosófica admitir también las verdades y llevar una vida conforme con la moral y preceptos del Evangelio”(X).

Y esto es lo que parece que no están dispuestos a admitir.

Un tercer aspecto, que tiene mucho que ver no sólo con la inmediata y concreta finalidad del libro, sino con la actitud personal del traductor, es la invitación a conocer a Don Bosco para acudir a él y a su Virgen Auxiliadora en busca de favores. Poner en un mismo plano Lourdes y el Oratorio de Turín indica a las claras la devota admiración que le produce el todavía viviente santo sacerdote italiano. Y sabemos, por su propio testimonio, que tan convencido estaba de la eficacia de la intervención de Don Bosco ante Dios, que no dudará, como veremos más adelante, en acudir a él cuando se encuentre en grave peligro de muerte. Por eso invita a los demás a tener esta misma confianza y a buscar en él un protector:

“Sepan, pues, cuantos sufren y se hallan destituidos de humano socorro, que si quieren conseguirlo del cielo, tienen en la tierra un nuevo *valedor* en Don Bosco, quien por la intercesión siempre eficaz de Nuestra Señora de los Auxilios, puede conseguirles de Dios el remedio de todas sus necesidades” (XI).

Y, finalmente, el cuarto aspecto, muy importante y de gran trascendencia para el futuro de la Congregación Salesiana, es el de dar a conocer en Perú no sólo a Don Bosco, sino a la obra salesiana. Su intención es mover a los gobiernos para que llamen a los hijos de Don Bosco y se encarguen de la educación de los niños pobres y abandonados. El P. Torra se convierte así en el primer cooperador y propagandista de los salesianos en las tierras peruanas:

“Sepan, en fin, cuantos están encargados de regir los destinos de las naciones y cuantos gozan del influjo o pujanza con los gobiernos, que si arden en verdaderos deseos de reforma en las masas y anhelan sinceramente la regeneración social, tienen igualmente en Don Bosco, en sus celosos sacerdotes y coadjutores salesianos y en la obra magna que dirigen, un poderoso auxiliar” (XI).

En una nota final en la página 157 del libro, insiste el benemérito franciscano en esta noble idea:

“Si...heme atrevido a traducir el presente folletín ha sido únicamente por el vehemente deseo que tenía de dar a conocer en estos lugares a un hombre tan extraordinario como Don Bosco, y a la obra, más extraordinaria aún, que ha fundado, esto es, la «Congregación Salesiana», altamente *filantrópica* y humanitaria” (p. 157).

4.2. *Las vicisitudes de la impresión de la obra*

El P. Torra tuvo desde el principio intención de publicar su traducción. Es lo que se deduce de las cartas que dirigió a sus superiores para obtener la aprobación de publicación. Estando en los Descalzos de Lima el día 16 de Mayo de 1884, sólo un día después de haber redactado el Prólogo, escribía la siguiente carta al M. R. P Fr. Leonardo Cortés, Comisario General:

“M.R.P.

Habiendo el recurrente vertido al español un obrita titulada «Don Bosco», escrita en francés por el Dr. D. Carlos D’Espiney, y juzgando, sería útil su publicación para el fomento de la piedad y de las obras de misericordia, acude a V. P. para que en conformidad con nuestras leyes, me faculte y se sirva darme las respectivas licencias para que se imprima.

De V. P. R. Su muy humilde hijo en Jesucristo y S.

S. Q. B. S. M. Fr, *Luis Torra*”.

El mismo día el Comisario General le contestaba:

“Pase a los RR. PP. Juan C. Puig y Antonio Baroja para la revisión del manuscrito a que se refiere la anterior solicitud. Fr. *Leonardo Cortés*”.

No tardaron en llegar las respuestas de los dos censores señalados por el Comisario General. Fr. Juan de la C. Puig necesitó sólo dos días para leer y valora la obra. Así contestaba el día 18 de Mayo:

“M. R. P. Comisario General, Fr. Leonardo Cortés.

Lima, 18 de Mayo de 1884

M. R. P.

He examinado detenidamente el manuscrito de que hace mención el P. Recurrente, y no sólo no he hallado en él nada digno de censura, sino que es digno bajo todos conceptos vea la luz pública, para edificación del pueblo cristiano y estímulo de la virtud. Fr. *Juan de C. Puig*”.

Tampoco se hizo esperar la contestación de otro censor, Fr. Antonio Baroja, que envió el día 20 de Mayo su aprobación en términos muy parecidos a los del P. Puig.

“M. R. P. Comisario General, Fr. Leonardo Cortés.

M. R. P.

He leído con escrupulosa atención el manuscrito para cuya revisión me comisionó V. P. M. R. y no encontrando en él cosa alguna digna de censura, antes bien, juzgando que su publicación podrá ser útil para fomentar la piedad en el pueblo cristiano, soy del parecer que se conceda la licencia que solicita.

Lima, 20 de Mayo de 1884. *Fr. Antonio Baroja*”.

Ante juicios tan favorables, el Comisario General concedió inmediatamente la licencia para imprimir el libro:

“Lima, 21 de Mayo de 1884.

En vista del informe favorable de los Padres revisores, concédese la licencia al R. P. Luis Torra para que pueda hacer imprimir, por los medios conformes a N. S. Regla, la traducción del libro titulado ‘Don Bosco’. *Fr. Leonardo Cortés*. Comisario General”.

Así pues el día 21 de mayo el autor de la traducción tenía ya en sus manos la licencia de sus superiores para imprimir el libro.

También de la curia arzobispal de Lima le llegó con fecha de 28 de junio la licencia eclesiástica de la diócesis.

“Palacio Arzobispal de Lima, Junio 28 de 1884

Vista la anterior licencia. Damos por nuestra parte, permiso al Padre Luis Torra, para que imprima la versión que ha hecho del francés al castellano, de la obra titulada «Don Bosco».

El Obispo Gobernador Eclesiástico. *Belando*. Pro-Secretario”.

Llama por eso la atención la nota que el P. Torra añade al final del libro. En ella, tras disculparse ante los lectores de lo poco castiza que puede sonar su traducción, sea por el hecho de no conocer bien la lengua francesa, sea, porque al ser su lengua materna el catalán, no domina del todo la elegancia y la soltura de la lengua castellana, afirma que su traducción hubiera quedado manuscrita, a no ser por una circunstancia excepcional e imprevista que lo movió a publicarla. Parece extraño que en el corto espacio de tiempo que va desde el 28 de junio al 6 de julio hubieran surgido dificultades tales que impidieran o desaconsejaran la publicación de una obra ya aprobada por las autoridades de la Orden y de la Diócesis y que, además, había merecido juicios tan elogiosos por parte de los censores. Por eso, la afirmación suena a retórica, destinada a ponderar aún más la finalidad de la obra, añadiendo un episodio extraordinario, en el que el traductor mismo es beneficiario y testimonio personal, a los ya narrados por Charles D'Espiney. Esto confiere a su traducción una autoridad y una inmediatez suplementarias, que no dejarán de tener una considerable eficacia entre el pueblo peruano.

4.3. *La gracia extraordinaria: salvamento de un naufragio*

La circunstancia excepcional que, como el mismo P. Torra dice, lo impulsó e incluso lo obligó a dar a la prensa su “deficiente” traducción, nos la narra en la nota final escrita el 6 de julio de 1885, un año justo después del suceso:

“Es el caso que yendo a Huraz con otros cuatro compañeros (los PP. Ferriol, Baroja, Cuende y el Hno. Silva)¹³ para ejercer allí el ministerio de nuestras misiones, el vapor «Valdivia» que nos conducía a Casma, naufragó en la costa de Huacho el día siguiente de nuestro embarque, 6 de Julio de 1884, a las 4 y _ de la madrugada. En el apuro que se deja comprender, como tan natural en esta clase de percances, impulsado del peligro y del instinto de conservación y avivando la fe y confianza en Dios imploré los auxilios del cielo formulando un *voto*, al que se suscribieron mis compañeros, de, en caso de salir con vida y sin lesión, hacer una novena a Nuestra Sra. de los Auxilios, y trabajar a favor de la *obra* de Don Bosco, según nuestros alcances. Conseguimos lo que deseábamos con un éxito felicísimo, experimentando palpablemente la protección de la Virgen María y de su entusiasta devoto, Don Bosco, especialmente en el momento preciso de nuestro desembarque en el que corríamos inminente riesgo, según pública confesión de cuantos presenciaron el suceso que nos tuvieron por irremisiblemente perdidos¹⁴. Ahora, pues, la gratitud y el cumplimiento de un deber sagrado me precisan a la publicación de esta obrita...” (pp. 157-158).

¹³ El P. Julián HERAS en “*Los franciscanos y las Misiones Populares en el Perú*”. Madrid, 1983, p. 60 confirma esta noticia cuando escribe: “Anteriormente a estas misionese habían dado otras por el mes de julio de 1984 en el norte del Perú [...] Fueron predicadas por los PP. Miguel Ferriol, Luis Torra; Antonio Baroja y Juan Cuende. El barco en que viajaban naufragó cerca de Guacho, salvándose milagrosamente”.

¹⁴ El hecho del naufragio parece cierto y ha quedado en la tradición franciscana, recogida en algunos escritos históricos de la Orden, que recuerdan el hecho, adornado con algunos elementos más o menos verosímiles. Por ejemplo, el P. Agustín Arce OFM en la página 25 de “Efermídes de la Provincia Misionera de San Francisco Solano y las misiones de San Ramón y Requena”, Año XX, enero-agosto, 1964, da noticias de este suceso. “Hallándose [el P. Torra] una vez en peligro de naufragar él y sus compañeros de misión hizo voto a la Virgen «Auxilium Christianorum» de publicar las acciones gloriosas del siervo de Dios Juan Bosco si los libraba del peligro. Lo fueron, en efecto, y entonces tradujo del francés al español la vida de Juan Bosco”. Disponemos también de un testimonio oral del Cardenal Landázuri, Arzobispo de Lima, franciscano. En una conversación con el Salesiano D. Tomás Grande Díez le declaró: “Estoy orgulloso de vuestra presencia en Perú y del bien inmenso que estáis haciendo con los jóvenes de nuestro país. Una parte de ese bien es mérito también franciscano. Que sepas que un tío mío franciscano era gran “admirador y devoto” de Don Bosco. En uno de sus viajes a Perú mi tío tuvo la mala fortuna de naufragar. Permaneció varios días flotando a la deriva, gracias a que consiguió aferrarse a unas tablas. En aquella situación promete solemnemente a Don Bosco traer a los salesianos al Perú, si le salva la vida. Mi tío se salva y se dispone a cumplir tan solemne promesa. Estaba convencido de que el carisma salesiano encontraría en el Perú un terreno propicio para su despliegue. De inmediato contacta con Instituciones del Estado, de la Iglesia y de la sociedad civil, para interesarlas en este asunto. Acude al Rector Mayor y consigue ver cumplido su deseo”. Tomás GRANDE en “Perú, llegada de los primeros salesianos”, manuscrito, p. 3.

El autor añade una observación que nos parece interesante. Dice que no se hubiera decidido a publicar su traducción, si durante el transcurso del año que había pasado desde que la tradujo, hubiera tenido noticia de la existencia de otra traducción más correcta. Efectivamente no la hubo, porque la primera traducción de D. Camilo Ortúzar es cinco años posterior y la obra del Cardenal Spínola no puede ser considerada como traducción, además no tenemos documentación de que dicha obra hubiera llegado a Perú. Conscientemente, por tanto, fue publicada como primicia de las traducciones castellanas de la obra de D’Espiney.

4.4. *El contenido de la obra*

El traductor nos advierte que la traducción es de la cuarta edición francesa. Esta cuarta edición francesa es de 1882 y reproduce exactamente la primera de 1881. Está publicada en Niza, en la *Typographie et Lithografie Malvano-Mignon*. Tiene 180 páginas y en ella se pueden claramente distinguir 4 partes:

La primera (pp. 5-72) traza la figura de Don Bosco desde su infancia y su apostolado en medio a los muchachos pobres de Turín hasta el desarrollo de su obra en Italia, Europa y en las Misiones. En esta parte Don Bosco es presentado con mucha simpatía, como una persona que desde niño estaba destinada a grandes empresas y para ellas iba siendo preparado por la Divina Providencia. Desde la página 67 el autor se plantea, con una cierta timidez, la cuestión de las numerosas gracias de María Auxiliadora obtenidas por Don Bosco, especialmente para la construcción de la Iglesia de María Auxiliadora de Turín. Termina esta parte enumerando las cuatro principales obras de Don Bosco: los Salesianos, las Hijas de María Auxiliadora; la Obra de los hijos de María en favor de las vocaciones adultas; y los Cooperadores de San Francisco de Sales. Precisamente a los Cooperadores está dedicada la segunda parte de la obra (pp. 73-81). La tercera trata del culto de María Auxiliadora (pp. 82-92).

La última parte (pp. 93-178) narra una serie de 26 “milagros” o hechos extraordinarios realizados por intercesión de Don Bosco. El último de ellos es la supuesta resurrección de Carlos, que ha suscitado muchas polémicas y que desaparecerá en ediciones sucesivas¹⁵. Termina con un himno a Don Bosco (pp. 179-180). Ésta última parte tiende a ensalzar la figura de un Don

¹⁵ Sobre este supuesto milagro cf P. STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*. Roma, LAS 1979, Vol I, pp. 257-293.

Bosco taumaturgo y legendario, que lo hacen popular, querido e invocado por la gente. La edición carece de índice y su carácter narrativo la hace de fácil lectura.

La traducción del P. Torra mantiene todo el contenido de la edición francesa y en el mismo orden, pero presenta con respecto a ella algunas novedades: en primer lugar, va precedida por dos páginas que contienen la “Censura y la Aprobación” y por un “Prólogo” de 7 páginas, en el que, como hemos visto, el traductor expone sus intenciones al publicar esta obra; en segundo lugar, está dividida en XIII capítulos, encabezados por un breve sumario de los puntos que en él se tratan; y, finalmente, termina con una “Nota final y un naufragio” y con el correspondiente “Índice” del volumen.

La división en capítulos ha obligado al autor a hacer, de vez en cuando, algunas conexiones o explicaciones del tipo “que dijimos en el capítulo pasado” (p. 31); “Por lo que acabamos de decir en el capítulo anterior se deduce que...” (p. 47), o a saltar alguna línea (p. 25). Contiene alguna inexactitud en los nombres: los más llamativos son el cambio de Bartolomé Gavelli en lugar de Bartolomé Garelli y la traducción de Notre-Dame Auxiliatrice por Nuestra Señora de los Auxilios, que a cualquiera que tenga familiaridad con los ambientes salesianos le suena un tanto extraña.

La traducción es a veces deficiente en cuanto a la lengua castellana y en la impresión se han deslizado numerosas faltas de ortografía y puntuación, pero se lee con facilidad, pues sigue el estilo popular del original, facilitado, además, por la división en capítulos y por el sumario que los introduce. El pequeño formato del libro: 15 x 10 cm, lo hace muy manejable y cómodo de transportar de un lugar a otro.

4.5. *La difusión*

Carecemos de datos concretos sobre la difusión del “*Don Bosco*” en Perú. Pero, si nos atenemos a lo que nos dicen algunas fuentes, debió de ser bastante amplia. Don Ceria narra en los *Annali* el hecho del naufragio, tomando las noticias de Don Evasio Rabagliati que a principios de 1890 estuvo en Lima junto con Don Ángel Savio y se alojaron en el Convento de los PP. Descalzos y allí escuchó la narración del naufragio y de la publicación del libro. Narrándolo más tarde, el P. Rabagliati concluía: “El religioso, sin pérdida de tiempo, cumplió su promesa de modo que hoy Don Bosco es conocido como en Italia”¹⁶. El mismo Ceria nos dice: “El librito, en edición eco-

¹⁶ Eugenio CERIA, *Annali della Società Salesiana*, Torino, Vol. I, p. 602. He aquí cómo narra Don Guzman las palabras de D. E. Rabagliati en el BS de febrero de 1904: “Ecco

nómica fue distribuido a los obispos y sacerdotes, ricos y pobres, a quien quería y a quien no quería”¹⁷. El caso fue que el libro suscitó viva admiración y despertó un movimiento de simpatía hacia Don Bosco, que dio origen a los cooperadores salesianos en Perú antes de la llegada de estos a aquellas tierras. Varios hechos demuestran el entusiasmo que suscitó el libro y el deseo que todos tenían de conocer a Don Bosco o entrar en contacto con él y hacer que los salesianos abrieran alguna obra en Perú. Así el Arzobispo titular de Berito, Mons. Manuel Teodoro del Valle, seguramente impresionado por la lectura de libro publicado por el P. Torra, quiso que se estableciera la Obra Salesiana en Lima y para ello destinó parte de sus bienes. En un codicilo añadido a sus testamento el 30 de marzo de 1886 dice:

“Es mi voluntad que [...] se inviertan veinte mil soles (20.000’00) de plata para gastos de traslación y establecimiento en Lima del P. Juan Bosco y de la Congregación de los Salesianos para que se funde la educación de los desvalidos [...] También es mi voluntad que si además de los veinte mil soles se necesitasen algunas cantidades más para el establecimiento que tengo ordenado de los Salesianos, para educar a la juventud pobre y desvalida, se les entregue, aunque sea a costa de vender algunas fincas valiosas”¹⁸.

También en 1886 el 23 de junio visitó a Don Bosco el General Miguel Iglesias, ex presidente del Perú. Había ido a Turín con el deseo de conocer de cerca y en persona al “santo” y su obra del Oratorio. Quedó entusiasmado y

quanto il nostro confratello, D. Evasio Rabagliati, l’apostolo dei lebbrosi, passando nel 1890 per quella città [Lima], diretto alla Colombia, ci narra di aver appreso. A bordo di una nave che faceva vela verso il Perù viaggiava un frate francescano scalzo del convento di Lima. D’improvviso si oscura il cielo, si scatenano i venti, fremono le onde e la nave barcolla sbattuta, la burrasca s’avvicina, anzi già infuria così terribile che il naufragio è imminente. Tutto è scompiglio sul bastimento; le onde frequenti allagano il ponte, ed obbligano i passeggeri a cercare uno scampo nelle proprie cabine, ove si ricoverano tremando, o piangendo, ed invocando tutti il soccorso del cielo. Il più calmo di tutti è il povero figlio di S. Francesco. In buon’ora si ricorda di aver letta la vita di Don Bosco e rammenta tutte quelle grazie straordinarie ottenute dalla Vergine Ausiliatrice, per le preghiere dell’uomo di Dio. Fu una ispirazione: all’istante si getta in ginocchio, e: «Signore, dice, per i meriti del tuo servo D. Bosco, salvaci ! E tu, o Maria, Aiuto dei Cristiani, intervieni adesso ed aiutaci in questo terribile frangente, salvaci per l’amore che porti al tuo servo D. Bosco; io Ti prometto, che, appena posto piede a terra, farò di tutto per far pubblicare la vita di D. Bosco e spargerla tra il popolo, perché sia conosciuto ed amato quest’uomo ammirabile. La salvezza io l’attribuirò a Te, o Signore, ma per l’intercessione della tua Madre SS. Maria Ausiliatrice e del tuo servo D. Bosco». - Cessò la preghiera e cessò pure il pericolo, si acquetarono d’un tratto i venti, ritornarono tranquille le acque, e la nave poté entrare sicura nel porto del Callao, ed il frate, riconoscente, senza por tempo in mezzo, adempiva la fatta promessa; cosicché D. Bosco a Lima è noto come in Italia”.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Los datos que ahora exponemos están tomados de: C. CALDERÓN - E. PENNATI, *Presencia Salesiana en el Perú...*, p. 23ss.

pidió a Don Bosco que pensase en una fundación en su país¹⁹. Tenemos también el testimonio del Vicario de Huanuco, Mons José Del Carmen Maraví, que, deseoso de buscar alguna solución para tratar de salvar a la juventud, intentó formar una sociedad y el 13 de agosto de 1887 escribió a Don Bosco pidiéndole un salesiano como maestro de novicios, como formador de la nueva sociedad. En la carta, entre otras cosas se dice:

“Algunos meses después de que nos habíamos congregado, tuvimos el consuelo de conseguir un folleto escrito por el señor Carlos D’Espiney y traducido al castellano por un religioso franciscano descalzo de Lima.

Desde que leímos esa preciosa obra pensábamos frecuentemente en V. R. Y en la Congregación Salesiana que ha fundado, como en nuestros padres verdaderos, puesto que tendíamos al mismo fin y por iguales o idénticos medios”²⁰.

El libro favoreció la implantación de los cooperadores en Perú, del tal modo que cuando los primeros salesianos llegaron allí en 1991 fueron recibidos triunfalmente por las autoridades y por un nutrido número de amigos y cooperadores salesianos.

4.6. *Otras ediciones*

Después de la muerte del santo, fueron apareciendo otras vidas de Don Bosco, que relegaron a un segundo plano la de D’Espiney, que, sin embargo, siguió publicándose, pero en la traducción de Don Camilo Ortúzar.

En 1920 la vida de Don Bosco de D’Espiney traducida por Ortúzar fue publicada en Lima, con la añadidura de algunos datos sobre el Ven. Don Bosco y la Obra de los Salesianos en el Perú²¹. El formato de esta edición limeña es más pequeño 15’5 x 10 contra 19 x 12 de la de Turín. Las dos de cómoda y fácil lectura; la de Turín es más elegante y mejor cuidada, la de Lima es más fácil de llevar, si uno quiera leerla en un viaje o llevarla consigo. La de Lima va precedida de una estampa del Ven. Juan Bosco. El contenido es exactamente el mismo. Sólo al final la edición peruana presenta 17 páginas más, que contienen:

¹⁹ La noticia se puede leer en las *Memorias Biográficas*, Vol. XVIII, p. 137 de la edición española y en los *Annali*, Vol I. P. 60. Allí se habla de un “Presidente de la República Peruana”. C. Calderón ha demostrado que no se trata del entonces presidente del Perú, Andrés Avelino Cáceres, sino del ex presidente, el General Miguel Iglesias. Cf *Presencia Salesiana...*, pp. 25-26.

²⁰ La carta se halla reproducida en el libro de C. CALDERÓN - E. PENNATI, *La Presencia Salesiana...*, pp. 238-239.

²¹ Lima, Escuela Tipográfica Salesiana, 1920.

a. La reproducción del artículo que se publicó con motivo de la declaración de la Venerabilidad de D. Bosco, celebrada con toda solemnidad en la Santa Iglesia Catedral de Lima, el día 1. de Noviembre de 1917. En él se reproducen algunas palabras del Prólogo de la edición del P. Luis Torra y la nota final de la misma con la narración del naufragio. (pp. 348-349).

b. La Obra Salesiana en Perú: los Colegios Salesianos. Datos históricos de las diversas fundaciones de Lima (350-354); Arequipa (355-356); Callao (357); Cuzco (358); Piura (358-360).

c. El Nuevo Templo de María Auxiliadora en Lima (361-363).

d. Obra del Perpetuo Sufragio. A favor de las benditas almas del Purgatorio (364).

En América fueron publicadas, al menos, otras dos ediciones más de la obra de D'Espiney: una en 1923 en Santiago de Chile y otra en Buenos Aires en 1949²².

La traducción, en cambio, del P. Torra no tuvo más ediciones. En las fuentes franciscanas y salesianas ha quedado buena memoria de ella, pero hoy es muy raro poder encontrar algún ejemplar que la dé a conocer. Por fortuna, en la Biblioteca Central de la Casa General de Roma existe uno de ellos, que es el que hemos manejado para componer esta nota. Parece ser que fue hallado en una librería de viejos libros y adquirido casualmente por un salesiano, el cual lo pasó a D. Cosme Robredo, que lo entregó a P. Eugenio Penati y éste, a su vez, se lo pasó al entonces Inspector del Perú, Santo Dal Ben, que, apreciando el valor del ejemplar y, temiendo, con fundamento, que pudiera perderse, como ha pasado por desgracia con tantos otros libros de valor, lo envió a la Casa General de Roma. El ejemplar viene conservado con amoroso esmero entre los libros raros y preciados de la Biblioteca Central²³.

²² Santiago de Chile, Gratitude Nacional, 1923; Buenos Aires, Edit, Difusión, 1949.

²³ Un magnífico ejemplo de respeto hacia los libros antiguos el de estos salesianos y una invitación a que otros hagan lo mismo, cuando tengan dudas o haya peligro de que algún libro históricamente valioso pueda desaparecer. Estas páginas quieren ser un sincero homenaje de gratitud en primer lugar al ilustre franciscano que, con tanto cariño y tanto provecho de las almas y de la Congregación Salesiana, lo tradujo y, en segundo lugar, a los salesianos que, con tan buen criterio, han conseguido que no se perdiera el único ejemplar que, hasta ahora, se conoce de la obra.